

Tres escritoras valientes, un mundo de hombres, una pasión secreta

# ÁNGELES CASO

## TODO *ese* FUEGO



Ángeles Caso



Todo ese fuego

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Ángeles Caso, 2015

© Ángeles Caso, 2015, por la traducción de los poemas y escritos de las hermanas Brontë

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: septiembre de 2015

Depósito legal: B. 17.882-2015

ISBN: 978-84-08-14470-0

Preimpresión: Víctor Igual, S. L.

Impresión: Cayfosa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Emily Brontë asomó la cabeza por el hueco de la escalera y gritó hacia las alturas:

—¡La plancha está caliente!

Charlotte bajó enseguida a la cocina. Su hermana estaba amasando el pan con sus brazos fuertes y aquel fervor que aplicaba a todo lo que hacía, girando el rodillo adelante y atrás igual que si estuviera aplastando a un ejército de rebeldes del reino de Gondal. La vieja Tabby acababa de llegar de su casa y fregaba ya la pila de platos de la noche anterior. A Charlotte volvió a parecerle que la criada era un poquito más baja aquella mañana, como le sucedía siempre desde hacía meses: la gran Tabitha Ackroyd, compañera fiel y risueña y llena de magnífica insensatez de la familia Brontë, estaba envejeciendo e iba volviéndose cada día más pequeña, hasta que llegase a convertirse tal vez en una diminuta enanita de la que ellas tendrían que cuidar.

Emily parecía contenta y ansiosa por hablar:

—Charlotte, Tabby tiene que contarte lo de la señora West.

—¿La señora West? —Charlotte recordó a aquella mujer gordezuela, la esposa del herrero del pueblo, a la que había visto, tan solo dos días atrás, persiguiendo a sus gallinas que andaban picoteando felices y libres por el camino de Keighley, mientras se sujetaba una inmensa barriga—. ¿Ha perdido al niño?

—No, no, qué va... Cuéntale, Tabby.

Ella detuvo su tarea y se secó las manos, dispuesta a relatar con toda solemnidad algo sin duda muy importante:

—Dio a luz esta noche. Y el bebé es gordo como un ternero ya criado, gigante y sano. Y cuando estaba pariendo, a las cinco de la mañana, con unos dolores horribles que parecía que se le iba a rajarse el vientre, se apareció su abuela.

Charlotte hizo un gesto de extrañeza:

—¿Se apareció su abuela...? ¿Quieres decir el fantasma de su abuela?

—Sí, sí, el fantasma. Bajó del cielo y se puso allí a su lado y le agarró las manos mientras paría, y le dijo que no tuviese miedo, que todo iba a salir bien y que el niño tenía que llamarse Abimael, como se llamaba su marido en vida. Y entonces salió el crío, sin más, gordo y sano, y en cuanto se

puso a llorar, la abuela le acarició a ella el pelo y se desvaneció.

Emily miraba a su hermana con satisfacción. Sabía que no le gustaban aquellas historias de espectros y aparecidos que a ella en cambio la entusiasmaban, y le encantaba provocarla con esos asuntos. Charlotte movía la cabeza de un lado a otro:

—¡No digas tonterías, Tabby!

—Es verdad, pregúntaselo a la partera, que estaba con ella y me lo acaba de contar...

Sin ganas de seguir enredándose en aquella absurda conversación, Charlotte Brontë cogió la plancha y subió al piso de arriba, dispuesta a enfrentarse lo más rápidamente que pudiera a la montaña de ropa que la esperaba sobre un sillón, sábanas y colchas y enaguas y faldas y pañuelos y camisas del padre y de Branwell. En el rellano se cruzó con Anne, que siempre iba algo más retrasada por las mañanas que sus hermanas y ahora bajaba al fin a tomar el desayuno.

—Buenos días, cariño. ¿Has dormido bien?

Como respuesta, Anne bostezó y estiró los brazos. Charlotte la dejó seguir su camino, sabiendo que a esas horas, recién levantada, su hermana pequeña era incapaz de pronunciar una sola palabra.

Y entonces, la casa entera, todo aquel edificio de piedra y madera que componía la rectoral donde vivían el reverendo Brontë y su familia en el

pueblo de Haworth, se relajó y se dejó hundir plácidamente en esa cadencia de sonidos tranquilos, tan parecidos al silencio, que se despliegan en las mañanas alegres del verano. Afuera se oían los golpes rítmicos de John Brown tallando en su almacén, y los graznidos oscuros de los cuervos que trataban de imponerse sobre los débiles y orgullosos cánticos de los gorriones y el magnífico trino de aquel zorzal que vivía justo en el extremo más alejado del cementerio, entre los altos cedros. A lo lejos, al otro lado de la iglesia, resonaban los cascotes de un par de caballos que subían por la calle principal hacia una de las fábricas de tejidos. Se oían también algunos niños jugando, y los gritos de una madre en busca de la cría que intentaba huir de los deberes domésticos y juntarse con sus hermanos en el descampado, y los cacareos de las gallinas excitadas por el paso cercano de un perro.

Estaban además los sonidos del propio interior de la casa. Sonidos comunes, llenos de esa melancolía que emana de las cosas sin importancia. Alguien deja caer la escoba sin darse cuenta al barrer el suelo de grandes losas de piedra. Una cama rechina mientras se sacuden las sábanas antes de estirarlas de nuevo. En la cocina, un tenedor rebota en un plato al ser colocado en la pila. Y Tabby gruñe en voz muy baja una maldición —al reverendo Brontë no le gusta que sus criadas lancen al aire palabras

malsonantes— al volver a quemarse las manos de piel endurecida cuando abre el horno para meter el pan del día.

Somos indiferentes a la sonoridad vulgar del mundo. Al cabo de una vida, nuestros oídos escuchan millones de ruidos distintos. Hemos evolucionado de tal manera que el cerebro apenas los distingue ni los registra. Si prestáramos atención a cada uno de los sonidos que nos rodean, nos volveríamos locos. Estallaríamos de estrés, o nos moriríamos de nostalgia. La dolorosa añoranza de todo lo perdido. La voz del padre cuando nos recitaba poemas, o la de la madre al cantar. La promesa de la dicha vibrando en los labios del hombre al que amamos por encima de todos los demás la primera vez que pronunció nuestro nombre. El bramido magnífico de las tormentas en los veranos de la adolescencia. La clara sonoridad de los álamos viejos cuando sus hojas se agitaban en el aire, en ese jardín al que jamás hemos podido regresar.

No faltaba demasiado tiempo para que la rectoral de Haworth estuviera llena del silencio infinito de los ausentes. Pero aquella mañana, todavía, se podía escuchar la despreocupada tranquilidad de una casa que comienza la jornada bajo la luz aún tenue de un día de verano, emergiendo de la neblina en lo alto del cerro, sobre el pueblo, al borde mismo de los páramos en los que ya comenzaban a



estirarse, a la espera del gran sol del mediodía, los brezos y las retamas valientes, encaramados a aquellas tierras duras como diminutos conquistadores llenos de resistencia. Los pequeños ruidos domésticos a los que nadie da importancia hasta que desaparecen, hasta que se desvanecen en el tiempo porque quien los producía, esa persona que sacudía las alfombras, recolocaba los platos en sus estantes, subía corriendo las escaleras o le silbaba al perro para darle de comer, ya no está. Entonces es cuando nos arrasa el silencio, y percibimos la ausencia más dolorosa en cada uno de los sonidos vulgares que no vibran en el aire, que jamás volverán a vibrar en el aire de este mundo.

Todo era felizmente aburrido y normal. Charlotte y Emily Brontë habían desayunado temprano junto a su padre, a las siete —tazones de gachas calientes y té—, y ahora las mujeres se ocupaban de las tareas domésticas. Anne, comenzando al fin a recuperarse del sueño que siempre se empeñaba en acompañarla mucho tiempo después de haberse levantado, estaba a punto de empezar a limpiar ya el polvo en el comedor, sosteniendo en la mano con cuidado el plumero traído años atrás por Charlotte de Bruselas, un humilde regalo de lujo que debía facilitar las labores en la casa. No le molestaba hacer ese trabajo. Le permitía mantener la mente dormida durante un rato, despertándose lenta-

mente, muy por detrás del cuerpo, y luego, cuando ya se había despejado, recordar cosas y pensar, imaginar incluso ciertas escenas para su novela, como lo que debía suceder aquella tarde, cuando el reverendo Edward Weston treparía a un talud para cogerle unas primulas a Agnes. William había hecho eso una vez por ella, cerca de Keighley, y ahora estaría bien devolverle ese gesto.

Observó la habitación a su alrededor, tratando de decidir por dónde empezaría esa mañana. Siempre intentaba cambiar el orden de la limpieza, para no aburrirse demasiado. Por fortuna, no había mucho que limpiar. Aquel no era el típico hogar victoriano de clase media con pretensiones de algo más, recubierto de alfombras y cortinas y sofás forrados de terciopelo, sino un espacio más bien sobrio, con pocas cosas, las sillas y la mesa y el diván oscuro al fondo del cuarto, un par de lámparas de aceite y algún candelabro, un jarroncito con flores secas sobre la repisa de la chimenea que Ellen Nussey había mandado en alguno de sus habituales paquetes de regalo, y los valiosos libros en sus estantes, claro, los libros una y otra vez leídos de Byron, Scott, Thackeray, Dante, Sand, Platón o Tucídides.

Empezaría por los libros. Allí era donde normalmente se detenía más tiempo, pasando sobre ellos el plumero con el mismo cuidado que hubiera puesto en acariciar a un niño, empujándolos un

milímetro para que todos los lomos permanecieran siempre inalterablemente alineados, perfectos y limpios en medio del orden perfecto de sus universos simulados, al margen del caos de la realidad. Le daba la sensación de que al mantener impecables aquel puñado de volúmenes —desprovistos de polvo, colocados según el apellido de sus autores, formando una recta absoluta sobre la madera de nogal de los estantes—, estaba contribuyendo a conservar igual de limpia y ordenada su propia mente y todas las ideas incontenibles que habitaban en ella, en sus pequeños rincones oscuros y tibios, donde solían permanecer adormecidas y en paz hasta que, de pronto, una palabra resaltando sobre el blanco de un papel, un puñado de copos de nieve cayendo inesperadamente contra las ventanas como pequeñas almas lanzadas desde el cielo, el descubrimiento de que la arruga en el entrecejo de Charlotte, hendiéndole la frente, se había hecho un poco más profunda, de pronto, cualquier cosa nimia las despertaba y las enervaba y las lanzaba de un lado para otro dentro de su cerebro, iluminadas, dominantes, susurrándole palabras y palabras llenas de dolor y de angustia. Mientras ordenaba los libros, sometiéndolos al rigor de la geometría y el alfabeto y la extrema limpieza, sentía en cambio que estaba conteniendo el impulso destructor de todo aquello, reprimiéndolo dentro de

unos límites razonables y medibles, lejos de su propia tendencia a la locura.

Después tocaba limpiar con delicadeza el pequeño retrato de la madre, con sus rizos surgiendo bajo la cofia, la boca extrañamente apretada y el suave cuello de gasa circundando su propio cuello. Era la única imagen de Maria Branwell Brontë que se conservaba, y a Anne le gustaba ese momento de cercanía, mientras se esforzaba por encontrar en aquel perfil duramente silueteado un asomo de vida, un resto tembloroso de la ternura que una vez, tanto tiempo atrás, debió de sentir por su última hija, de la que apenas tuvo tiempo de ocuparse.

Pobre Maria. Anne nunca lo supo, pero las criadas recordaban su angustia de los últimos meses de vida, mientras sentía cómo el cáncer la iba devorando y pronto la alejaría para siempre de sus hijos, aquellas seis criaturas pequeñas que tendrían que crecer sin una madre que los mimara y les enseñara a ser personas sensatas y responsables, buenos padres para sus propios hijos cuando les llegara a su vez el momento.

Antes de caer enferma, Maria estaba segura de que también les enseñaría a ser buenos creyentes, gentes que depositaran sus vidas con fe y esperanza en las manos del Dios Todopoderoso. Pero durante sus largos meses de dolorosa agonía, ella misma

perdió la fe. Al principio, le había pedido a Dios una y otra vez que no se la llevase todavía, que la dejara un poco más en la Tierra, cuidando de Patrick y de los niños, que eran demasiado pequeños para quedarse sin madre. Había rezado intensamente una y otra vez, suplicándole. Pero Dios no le había hecho caso. Y lentamente, a medida que avanzaba el dolor y con él la consciencia de su muerte, Maria dejó de confiar en aquel Creador capaz de obligar a abandonar este mundo a una mujer joven con seis hijos pequeños. Si existiese, no podría ser tan cruel. Ahora estaba segura de que nunca alcanzaría ningún paraíso. Simplemente, se desvanecería en la nada, polvo en el polvo, y su ausencia flotaría perpetuamente en la casa como una niebla densa. Sabía que sus hijas vivirían para siempre con un hueco dentro de sus corazones que nada podría llenar, como si no hubieran terminado de hacerse. Y que Branwell, el varón único, estaría condenado a ser un niño eterno, inacabado, ansioso durante todo lo que le quedara de existencia de disciplina y de ternura, un fracasado que nutriría las huestes de los inmaduros. La pobre Maria Branwell Brontë tuvo que morir sin fe ni consuelo, tristemente consciente de que dejaba atrás, en la casa rectoral de la colina de Haworth, a un grupo de seres desdichados y frágiles, como delicadas plantas de los jardines urbanos que hubiesen germina-

do por error en medio de los páramos, expuestas a los vientos y el hielo.

Jamás se lo había confesado a nadie. Murió llevándose su propio descreimiento en secreto a la tumba, aunque, unos días antes de morir, le dijo a su hermana algunas palabras confusas. Estaba dormida, o eso parecía, y Elizabeth, sentada junto a su cama, se había cansado de leer el *Blackwood's Magazine* y se había puesto a rezar en voz baja, musitando, como suele hacerse a la cabecera de los moribundos con la esperanza de que ellos no se den cuenta. Pero Maria, de pronto, sin abrir los ojos, dijo con voz alta y clara, con la voz dura y rotunda de una mujer enojada:

—Déjalo en paz. No me mira.

Elizabeth interrumpió su oración y se levantó nerviosa, acercándose a la ventana para apartar un poco las cortinas y quedarse allí mirando un largo rato, como si afuera estuviera sucediendo algo interesante, una tempestad en el viejo mar de Penzance, un grupo de jóvenes endomingadas que pasaran cuchicheando y riendo bajo sus sombrillas, o una manada de caballos atravesando con furia las calles camino de los campos abiertos. Trató de concentrar su atención en algo preciso y pequeño y real —aquellos rosales que su cuñado Patrick ha-

bía plantado meses atrás contra la pared oeste de la iglesia, frente a la casa, y que ahora exhibían unas flores apretadas y luminosas—, mientras apartaba de su mente, a puñetazos, la idea de que Maria había querido referirse a Dios y tomaba la firme decisión, inalterable durante el resto de su vida, de que su pobre hermana deliraba.

Ahora, desde hacía cuatro años, junto al retrato de Maria se había colocado el perfil silueteado de la propia Elizabeth, que había muerto en 1842, a los sesenta y seis años, soltera, severa y grave como un gran pájaro gris y, al mismo tiempo, generosa como una de esas lobas de la antigüedad que amamantaban a cachorros humanos. Después de la muerte de Maria, a finales de 1821, la tía Elizabeth se había instalado definitivamente en Haworth para cuidar del viudo y de sus sobrinos. Por ellos abandonó Penzance, un precioso lugar junto al mar en el extremo más occidental de la península de Cornualles. No es que fuera una gran ciudad, pero, desde luego, era mucho más agradable que Haworth. Mucho más civilizado, habría dicho tal vez la propia Elizabeth Branwell. El clima era infinitamente más suave, lejos de la nieve y los vendavales que asolan los páramos de Yorkshire, y la vida de una mujer soltera resultaba incomparablemente animada respecto a

la existencia solitaria de aquel triste pueblo del norte. Había cenas y bailes durante la larga temporada de primavera y verano, una fiesta al menos por semana, en cada una de las casas de las familias más acomodadas de la ciudad y del entorno. Había teatro y conciertos, y paseos al borde del mar, y, a lo largo de todo el año, amenas tardes de té con las amigas. Una existencia cobijada y decentemente alegre, de la que las hermanas Branwell disfrutaban todo lo que podían.

Pero en 1812 un viaje veraniego de Maria había cambiado el destino de las dos hermanas: se fue a visitar a su tío John, pastor en un pueblito de Yorkshire, y nunca regresó a la dulce Penzance. Allí conoció al joven reverendo Patrick Brontë y, nada más verle, supo que el destino que la Providencia tenía reservado para ella estaba al lado de aquel irlandés tímido y guapo, que la miraba como si la propia divinidad emanase de su interior. Maria se enamoró de repente, y cambió su vida de joven acomodada en una ciudad alegre por la carga pesada de convertirse en la esposa de un hombre religioso y sin dinero, destinado a cuidar de sus fieles en medio de los paisajes desolados y pobres del norte de Inglaterra. Se entregó a su sino con los brazos abiertos, siguiendo a su marido por los barrizales y bajo las ventiscas, habitando junto a él casas desnudas y pariendo seis hijos, uno cada año



entre 1814 y 1820, cuando comenzó a sentirse enferma.

Para la tía Elizabeth no debió de ser fácil tomar la decisión de irse a vivir a Haworth tras la muerte de su hermana. Ya no era joven y había aceptado con satisfacción la idea de que no iba a casarse. Lo hubiera hecho si su padre se lo hubiese exigido, pero él nunca trató de imponerle nada a ese respecto, y no se había escandalizado de que su hija mayor rechazase un par de interesantes propuestas de matrimonio. Aunque nunca se lo hubiese confesado a nadie —Elizabeth Branwell no se hubiera permitido expresar una idea tan antinatural—, era en realidad una de esas mujeres que temían convertirse en la propiedad maltratada de un hombre sin escrúpulos, y verse además obligadas a traer hijos al mundo incesantemente, teniendo que atravesar los peligros de los embarazos y los partos y el dolor de la probable muerte de muchas de las criaturas. Puesto que gozaba de cierto desahogo económico personal, había elegido la soltería, en silencio, pero con entusiasmo.

Aquel otoño de 1821, después de regresar a Penzance una vez pasado el funeral y los primeros días de estupor del viudo, estuvo muchas noches sin dormir, dando vueltas en su cama, incapaz de decidir si debía o no trasladarse a casa de su cuñado y hacerse cargo de los niños. Abandonar su vida

tan agradable, los paseos bajo el sol primaveral, los entretenidos cotilleos sobre los acontecimientos del lugar, las tardes de invierno bordando en la sala confortable de la casa familiar, bien atendida por las criadas silenciosas, para correr a instalarse en aquel caserón helado y austero, al lado de un viudo triste como un perro sin dueño y de una saga de niños a los que habría que educar como personas de bien en medio del ambiente depravado de Haworth, con las frecuentes borracheras de los trabajadores textiles, su lengua soez y la infinita ignorancia extendiéndose igual que el ala de un cuervo ruidoso sobre los infinitos hogares pobres.

Aquella era una carga muy pesada para una mujer acostumbrada a la comodidad y a las buenas compañías. No había querido ser madre, y ahora se vería obligada a ejercer de madrastra de seis criaturas. Eran niños buenos y tranquilos. Ella misma los había visto allí, durante aquellas terribles semanas finales de su hermana, cuando viajó a Haworth para despedirse de la moribunda, seis cachorritos frágiles y silenciosos, que cuidaban los unos de los otros y jugaban en silencio para no molestar a su madre. Estaba Maria, que a sus siete años parecía ya una mujer adulta, envuelta en la gravedad de quien se ve obligado a asumir responsabilidades muy por encima de su alcance, empujada por los acontecimientos. Elizabeth, tan pálida y

menuda que no parecía que fuese posible que viviera mucho más allá de los seis años que acababa de cumplir. Charlotte, como una muñeca con sus rizos dorados brillándole alrededor de la cabeza, demasiado grande para su cuerpo diminuto. Y el niño, Branwell, cuatro años llenos de timidez y angustia ante los extraños. Los enormes ojos grises de Emily, que parecían entenderlo todo aunque apenas supiera hablar. Y la pequeña Anne, un bebé de poco más de un año, delicada y frágil como una figurita de porcelana.

Dios mío, no podía dejar a aquellas criaturas en manos de su cuñado triste y las criadas malhabladas. Esa no era, desde luego, la vida que había soñado, encerrarse en una casa lúgubre para educar a unos pobres niños y vigilar que el servicio no robase, pero debía hacerlo, y por supuesto que lo haría. Elizabeth Branwell era sin duda una de esas mujeres que se colocan a pie firme frente a la existencia cuando esta exhibe sus cuchillos más cortantes y sus peores modales. Nunca se dejaba hundir por las circunstancias. Las observaba atentamente, meditaba sobre ellas y luego salía a su encuentro, armada con su sentido del deber, que enarbolaba ante sí como una espada. Después de aquellas noches de insomnio, comprendió que si jamás había eludido sus responsabilidades, ahora tampoco lo haría. La Providencia había trazado ese sendero si-

nuoso para ella, y ella lo recorrería igual que recorría el camino de la costa cuando un aguacero violento se interponía en su paseo, abriendo firmemente el paraguas contra el viento y alzando sus pies del barro con toda la fuerza posible.

Durante veintiún años, había sido una compañía impecable para Patrick. Había vigilado las tareas domésticas y contribuido con su propio dinero al mantenimiento de la casa. Cada tarde, después de la comida, se había sentado en el estudio de su cuñado y le había leído en voz alta los periódicos y las revistas mensuales, debatiendo después con él los asuntos más espinosos de política y de religión. Había visitado a los más pobres de la parroquia, y también a los moribundos, llevándoles ropas y comida. Sí, había sido una dama virtuosa de vida tan respetable como profundamente aburrida, privada de sus amigos y conocidos de Penzance y de la levedad propia de las ciudades costeras.

En cuanto a los niños, había hecho todo lo que había podido por ellos. Se preocupó de que estuvieran bien alimentados y vestidos, les dio clases de inglés y de geografía, enseñó a las niñas a coser y a bordar, y también a hornear el pan y asar la carne y preparar pudín cuando fueron un poco mayores. Les explicó cómo llevar una casa y cómo comportarse durante las visitas y cómo ser una buena cristiana. Les dio todo lo que era capaz de dar. Sin un

solo instante de remordimiento por la decisión que había tomado, aunque a veces las imágenes de Penzance se interpusieran durante el sueño entre ella y la serenidad, haciéndola levantarse con el ceño fruncido y una especie de tela oscura cubriéndole por un rato el corazón, que lograba apartar a base de fuertes y disimulados manotazos.

Tan solo se podía decir de ella que había sido una cuñada intachable, una tía íntegra, una mujer generosa. Pero le había faltado la ternura. Deber y seriedad, por supuesto, pero nada de caricias o besos, nada de confidencias junto a la chimenea, en susurros, ni palabras de ánimo para los niños en sus momentos de debilidad, cuando las tempestades se abalanzaban sobre ellos. De hecho, Elizabeth Branwell despreciaba las debilidades. Siempre había creído que uno debe arrostrar con la fortaleza de una vieja roca todas las penas que Dios nos manda, a pesar de que sabía que pueden ser muchas. Detestaba las lágrimas y los temblores, las migrañas nerviosas y cualquier exceso de sensibilidad.

Le parecía que la vida debe regirse por la razón y la templanza, y que dar rienda suelta a las emociones de cualquier tipo era abrir la puerta a la depravación. Su manera de educar y tratar a sus sobrinos había sido tan justa como sobria y, tal vez sin ser conscientes de ello, todos habían echado de

menos un poco de dulzura y de alegría, unas risas a destiempo, un par de canciones ligeras en las noches de invierno, antes de irse a la cama, o incluso algún enfado destemplado, unos gritos, un bofetón sin saña, unas lágrimas de vez en cuando de añoranza o de pura tristeza.

Todos guardaban hacia la tía Elizabeth respeto y gratitud. Especialmente las hermanas, porque al morir les había dejado a ellas el dinero que aún conservaba, una pequeña cantidad que Charlotte había invertido en acciones del ferrocarril, tras consultar a los padres de sus mejores amigas. Era precisamente ese dinero el que había permitido que Charlotte y Emily pasaran algún tiempo estudiando en Bruselas, y el que había dado alas a algunos de sus mejores sueños: primero la escuela, que finalmente jamás habían llegado a montar, y luego el libro de poemas.

Anne era la única que la había querido como a una auténtica madre. Antes de empezar a limpiar su retrato, solía tirarle un beso con la punta de los dedos, y a veces hasta hablaba con ella en voz baja, contándole alguno de los pequeños chismes del pueblo, mientras le limpiaba la nariz y la curva generosa de los pechos. Ella era todavía un bebé cuando la tía llegó a la casa, y había permanecido a su lado, sin separarse de ella ni un solo día, hasta que cumplió los quince años y fue enviada a estu-

diar junto a Charlotte al internado de Roe Head. Aquella mujer rígida le había consagrado por entero el pequeño trocito de ternura que inevitablemente debía de quedar en su corazón.

De hecho, ese rebelde sentimentalismo la dominaba sin poder evitarlo y la llevaba a desear achuchar constantemente a la niña, a permitirle todos sus caprichos y cubrirla de lazos y sedas de colores, aunque se contenía para no hacerlo, pues tenía la firme convicción de que las hijas de un reverendo debían llevar ropa sencilla, trajes oscuros y lisos, sin adornos, que las alejasen de la vanidad y la frivolidad. La tía Elizabeth luchaba denodadamente contra su ansia de rodear a Anne de mimos, convencida de que debía ser justa con el resto de sus sobrinos, aunque todos sabían que le temblaban las comisuras de los labios cuando la cría recitaba de memoria un largo poema o realizaba con éxito una operación aritmética, y notaban cómo le brillaban los ojos pálidos e inexpresivos cuando, por las noches, la contemplaba largamente mientras ella cosía, silenciosa y dulce como una mariquita del jardín.

Su dependencia de Anne se había intensificado después de la muerte de las niñas mayores. Había sido una tragedia muy difícil de soportar con resignación, incluso para gentes tan creyentes como Elizabeth Branwell y Patrick Brontë. Con sus diez y

nueve años respectivos, Maria y la pequeña Elizabeth se habían ido al colegio para volver más altas y más listas, más fuertes, pero los que habían regresado al fin habían sido sus cuerpecillos moribundos y sus almas exhaustas.

El reverendo Brontë quería dar una buena educación a sus hijas, y no tenía muchas posibilidades de elección. Los recursos económicos —su sueldo y el dinero que aportaba la tía Elizabeth— eran tan escasos que en absoluto hubiera podido pagar el internado de cinco niñas que iban creciendo y exigiendo cada vez más conocimientos. Entonces llegó la noticia de que en Cowan Bridge habían abierto un internado de caridad para hijas de pastores pobres. Durante algunos días, dudó si aquella sería la elección adecuada, pues un lugar como ese tendría sin duda reglas duras y muchas privaciones. Pero las cartas que intercambió con el fundador, el reverendo William Carus Wilson, terminaron de convencerle. Jamás llegó a imaginar el hambre y el frío, la tristeza y las humillaciones que tendrían que soportar sus hijas, ni por supuesto la existencia de aquellas epidemias que enseguida arrasaban sin compasión los cuerpecillos tan frágiles.

Maria y Elizabeth fueron muy desdichadas durante los meses que vivieron allí. Salvo por la compañía de las amigas y la calidez disimulada de alguna de las profesoras, la vida en Cowan Bridge era un



verdadero infierno helado. Las crías, de dos en dos en los camastros, dormían en una gran habitación sin chimenea. El viento entraba por las ventanas, y Elizabeth se abrazaba con fuerza a su hermana para sentir un poco de calor. Cuando se levantaban al amanecer, el agua de las palanganas donde debían lavarse estaba congelada, y las niñas mayores tenían que romper el hielo con piedras. Luego venía una larga hora de rezos en la sala común, mientras la señorita Andrews, la directora, dirigía las lecturas con su mirada feroz, y al fin el triste desayuno de gachas quemadas. El resto de las comidas eran igualmente malas y escasas: patatas guisadas con unas hebras de carne rancia al mediodía, media rebanada de pan y café frío y aguado para merendar, pastel de avena duro y un vaso de agua en la cena. Elizabeth dejó de comer, aunque Maria se empeñaba en meterle ella misma los trozos en la boca, como una madre pequeñita alimentando a su bebé.

Por más que las niñas llorasen y protestasen y cayesen enfermas, no había nada que hacer. La señorita Andrews y el reverendo Wilson no dejaban de recordarles a diario su condición: todas ellas carecían de recursos económicos, y estaban obligadas a acostumbrarse a una existencia dura y a aprender lo imprescindible para casarse algún día o ganarse la vida como maestras o institutrices. Debían sentirse agradecidas de que la caridad de al-

gunos buenos cristianos les permitiese ser acogidas allí y prepararse para el futuro. Las camas de plumas, las chimeneas ardientes y las comidas exquisitas eran para los ricos. Y, en esta vida, a ellas no les había tocado ocupar esa parte del mundo.

Para Maria, el peor día de la semana era el domingo. Por las mañanas, salían todas juntas hacia la iglesia de Tunstall, caminando durante más de una hora, bajo la lluvia o la nieve o los vendavales. Y luego, con los pies mojados y las manos amoratadas del frío, tenían que soportar los interminables sermones del reverendo Wilson. El reverendo era calvinista, y estaba convencido de la atroz ley de la predestinación: solo los elegidos por Dios en el instante mismo de la Creación podrían salvarse, llegar al cielo y gozar allí de la gloria eterna. La inmensa mayoría de las pobres criaturas humanas estaban condenadas al infierno, por muy ejemplares y devotas que fueran sus vidas. Maligno y peligroso como una serpiente, disfrutaba agitando la mano en el aire ante aquellas niñas espantadas y aterrizándolas con la idea del castigo al que la mayor parte de ellas estaban destinadas por el mismísimo Creador. El reverendo Wilson, que llevaba sobre él su enorme carga de soberbia como la sombra del demonio, estaba convencido, sin un ápice de duda, de que Dios, en su infinita sabiduría, había querido hacer de él uno de sus elegidos, y disfrutaba sá-

dicamente del terror que producía en las mentes de los malditos. Le parecía que era conveniente que las crías supieran desde muy pronto lo que les esperaba en esta vida y en la de más allá, y sufriesen su condena sin que la piadosa tibieza de la esperanza las aliviase ni un instante.

Maria Brontë no soportaba esos discursos. Era una niña inteligente y seria, mucho más seria y desarrollada intelectualmente de lo que correspondía a su edad. Alentada por su padre, se había acostumbrado a leer no solo la Biblia, sino también sesudos libros de teología, de los que luego hablaba con él. Y estaba convencida de que las ideas del reverendo Wilson eran inhumanas y crueles, y de que nada tenían que ver con aquel Dios en el que ella creía y que ansiaba la salvación de cada uno de sus hijos. Pero lo peor de todo era que no podía discutirseles. Un día, mientras las despedía a la puerta de la iglesia, se había armado de valor y se había atrevido a transmitirle la opinión de su padre, pensando que quizá estaría bien que ambos hombres hablasen al respecto:

—Reverendo Wilson —le había dicho con su vocecilla aguda y firme—, creo que a mi padre, el reverendo Brontë de Haworth, no le gusta la teoría de la predestinación. Dice que condena a los seres humanos al fracaso y la angustia. Tal vez deberían discutirlo entre ustedes.